

NOTAS NECROLÓGICAS

DOCTOR J. ALFREDO FERREIRA

El 21 de mayo de 1938 falleció en Buenos Aires, a los 75 años de edad, el doctor J. Alfredo Ferreira, antiguo profesor de esta Facultad y una de las figuras más destacadas del movimiento pedagógico y filosófico de nuestro país. En la primitiva Sección de Pedagogía dictó brillantemente la cátedra de Ciencia de la Educación en 1910 y 1911, y, al erigirse aquélla en Facultad, tuvo a su cargo la cátedra de Etica, desde 1915, prolongando su actuación en esta Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, de la que fué Vice-decano, hasta su jubilación en 1922. El 31 de agosto de 1934, la Universidad, en reconocimiento de sus méritos y servicios le confirió el diploma de "Miembro Honorario". Con motivo de su fallecimiento la Universidad y la Facultad dictaron los respectivos decretos de honores, y, en representación de ambas, en el acto del sepelio, que constituyó una expresiva demostración de duelo, el Decano de la Facultad, doctor Alfredo D. Calcagno, destacó la eminente personalidad del extinto profesor, su influencia en los estudios filosóficos en nuestro país, su actuación en los diversos ciclos de enseñanza y los servicios prestados a la educación popular. Posteriormente la Facultad adhirió a los diversos actos realizados en su homenaje.

DISCURSO DEL DOCTOR ALFREDO D. CALCAGNO

Señores:

La muerte de este pensador esclarecido representa, para cuantos fuimos sus discípulos, a tantos años de su actuación docente, la pérdida

del maestro y del amigo. Nos acongoja doblemente, porque nadie pasó por su aula sin quedar para siempre vinculado a él por la admiración y por el cariño. Tuvo la virtud de ilustrarnos con amor y de acercarse a nuestras almas abriéndonos su corazón tan noble y tan puro. Respetaba con devoción la personalidad del alumno, fomentando la espontaneidad juvenil, para orientar su pensamiento sin forzarlo a seguir su propia doctrina. Hombre de escuela, de convicción tan profunda, imponía desde la cátedra, con suave firmeza, el mayor respeto por todas las escuelas. Su gloria era ser nuestro compañero de estudios y no nuestro profesor. Se complacía en presentarnos los problemas de la educación y de la filosofía para guiarnos en el análisis y el razonamiento, dejándonos la satisfacción de las soluciones personales. Así nos hizo estudiar en la Universidad de La Plata ciencia y filosofía de la educación y con el mismo espíritu fundó en 1915 la cátedra de Ética en la Facultad de Humanidades, que dictó hasta su jubilación en 1922, identificando su enseñanza con la austeridad y la dignidad de su vida civil y ciudadana.

Había llegado a la cátedra superior con una gran preparación pedagógica y filosófica, histórica y literaria, después de recorrer brillantemente los otros ciclos de la enseñanza.

Su formación intelectual lo singularizaba entre los maestros de su generación. Profesor normal, empezó actuando en la docencia primaria como maestro de grado en la Escuela normal anexa al Colegio nacional de Corrientes para volver a Esquina, al pueblo de su rincón natal del Guayquiraró —¡oh! inefable alegría del joven provinciano—, como director de la Escuela graduada de varones. Vino luego a Buenos Aires, dispuesto a mejorar su preparación y estudiar abogacía. Actuó en la Escuela de artes y oficios de San Martín, provincia de Buenos Aires, hasta que, al fundarse el 23 de marzo de 1887 la Escuela normal nacional de Mercedes (Bs. As.), fué designado profesor de castellano y vicedirector de esa Escuela que el talento de Carlos N. Vergara, su director, convirtió en el primer laboratorio de ensayos educativos del país. De allí, pasó a la Capital Federal con otro cargo. Y, de la vicerrectoría del Colegio nacional norte “Domingo Faustino Sarmiento”, fué llevado por el ministro Balestra, en 1891, a la Inspección de colegios nacionales y escuelas normales.

Entretanto seguía sus estudios de derecho y ciencias sociales, en una época de profunda crisis política que él, como toda la juventud ilustrada de entonces, vivió intensamente, preparándose para su función directiva y orientadora. Y se doctoró en jurisprudencia, graduándose en aquella famosa promoción de 1891, en la que fueron sus condiscípulos Marcelo T. de Alvear, Leopoldo Melo, Le Breton, Obarrio, Federico Ibarguren, Zoilo Cantón, Apellániz, Robirosa, Linares, Escobar, Clariá, José Frías, Gainza, Arias y otros jóvenes que tanta influencia tuvieron luego en los destinos del país.

Mientras los que habían sido sus condiscípulos en la Facultad se orientaban hacia las actividades profesionales, la magistratura, la poli-

tica o el periodismo, Ferreira se mantuvo fiel a su vocación docente y siguió al servicio de la cultura popular. Trabajó largamente en la enseñanza y en el gobierno escolar, en una actuación ascendente cuya trayectoria ha de dar materia para un hermoso capítulo de su biografía, cuando uno de sus discípulos escriba la "Vida de un filósofo argentino".

Hemos de escuchar aquí, de labios de sus comprovincianos y representantes del gobierno y de las escuelas de Corrientes, el elogio de su brillante labor como Presidente del Consejo Superior de Educación, como Director General de Escuelas y como Ministro de Hacienda y de Instrucción Pública de aquella Provincia, donde fundó las escuelas populares de Esquina, de Mercedes y de Curuzú Cuatiá, transformadas aquéllas, luego, en escuelas normales y esta última orientada hacia los estudios comerciales, dos de ellas con edificio propio; se ha de recordar la fundación del Banco Popular de Corrientes, la del Museo de la Provincia, que puso bajo la dirección de don Pedro Scalabrini, la de la Escuela Industrial de Corrientes, cuya dirección confió al profesor sueco don Carlos H. Hordh, para iniciar allí la enseñanza de las prácticas agrícolas en su chacra escolar y la de los trabajos manuales con materia prima de la región y muchas otras iniciativas que no tardaron en difundirse por todo el país.

Actuó así en su provincia hasta 1899, año en que Magnasco lo llamó a la Inspección general de enseñanza media, que debía abandonar al año siguiente por una disidencia fundamental con el Poder Ejecutivo de la Nación, en defensa de las escuelas normales de varones, para volver al cargo — luego de ser diputado nacional en 1901 y 1902 —, durante el ministerio del doctor Juan R. Fernández.

Reincorporado a la docencia activa en 1902 como profesor de Literatura en la Escuela Superior de Comercio "Carlos Pellegrini", fué nombrado, en 1905, profesor de la misma materia en el Colegio Militar de la Nación.

Cuando el ministro Pinedo creó, en 1906, por vía de ensayo, el Consejo de enseñanza secundaria, designó a Ferreira para integrarlo, conjuntamente con Estanislao S. Zeballos, Santiago O'Farrell, Salvador Maciá y Lidoro J. Avellaneda. Fué vicepresidente del Consejo Nacional de Educación desde mayo de 1914, hasta diciembre de 1916.

Había iniciado, en 1885, sus actividades de publicista; fué colaborador asiduo de "La Nación" y "La Prensa" de Buenos Aires, con trabajos sobre didáctica, organización y gobierno de la enseñanza. En 1892, fundó con el Profesor Pablo Pizzurno "La Nueva Escuela" y, en 1895, con Scalabrini, "La Escuela Positiva". Como diputado nacional por Corrientes, presentó a la Cámara el primer proyecto orgánico y completo de Ley de enseñanza secundaria, normal y especial. Sus informes y dictámenes y los proyectos formulados como Inspector general de enseñanza le dieron justo renombre. Presidió el primer Congreso pedagógico organizado por el profesorado nacional, después de haber fundado, con Manuel Derqui, la Asociación nacional del profesorado,

cuyos estatutos redactó. Colaboró en la “Revista de Derecho, Historia y Letras”, desde 1901, con muy importantes estudios filosóficos y publicó una serie de monografías sobre cuestiones educacionales.

Se comprende así con qué ilustración y con cuánta experiencia llegó a la cátedra superior en la Universidad de La Plata, en 1910, y el ascendiente espiritual que, de inmediato, alcanzó sobre sus alumnos. Veíamos en él al pensador hecho a la dura disciplina del estudio, cumplidor de su deber y con una rara capacidad de trabajo para un organismo tan delicado como el suyo. Retirado de la enseñanza oficial, lo hemos seguido con respeto en su acción y en su pensamiento a través de los setenta y cinco números de “El Positivismo”, que él fundó en 1925 y ha mantenido hasta ayer como cátedra de cultura integral, realizando una notable labor de exégesis de la filosofía positiva. Nos hemos regocijado cuando se lo incorporó, tan merecidamente, a la Academia Argentina de Letras, para ocupar el sillón de Mitre, a quien tanto amó y admiró, mientras Herrera, su gran amigo, ocupaba el sillón de Alberdi. Hemos visto a este hombre, arquetipo de la sinceridad, tan vigoroso en su mansedumbre, mantener sin el menor desvío la línea recta de su vida ejemplar, que fué de una consecuencia absoluta con sus convicciones filosóficas y políticas, con su religión de las leyes cósmicas y vitales, hecho al culto de la familia, de la patria y de la humanidad, a la veneración de los grandes hombres. Y esos discípulos vienen, por mi intermedio, a decir su palabra agradecida y su despedida emocionada ante los restos del querido maestro.

Señores:

En nombre de la Universidad Nacional de La Plata, que le confirió al retirarse de la enseñanza la más alta distinción académica, en nombre de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, de la que fué Vice-decano, en nombre de sus discípulos y como amigo suyo, despido con angustiada ternura al profesor abnegado, al varón fuerte de todas las fuerzas morales, al hombre sabio y virtuoso, cuya alma clara y serena era como un fanal para los espíritus desorientados, lo despido con todo el dolor que ante su muerte nos inspira nuestra admiración y nuestro cariño.
